3416
Nº 743.
4 feb. 59.

GALERÍA LÍRICO-DRAMÁTICA

DE LA

ZARZUELA.

LA PERLA NEGRA,

zarzuela en tres actos.

MADRID:

IMPRENTA DE LUIS GARCIA, SAN BARTOLOME, NUM. 4.

1858.

76

L47 - 5198

C47-5195

LA PERLA NEGRA.

LA PERLA NEGRA.

Esta Zarzuela es propiedad de su autor, quien ha marcado todo los ejemplares, y perseguirá ante los tribunales cualquier fraude de reimpresion y representacion.

2 V 6

LA PERLA NEGRA,

zarzuela en tres actos y en prosa,

LETRA DE

DON LUIS MARIANO DE LARRA,

MÚSICA DE DON MARIANO VAZQUEZ.

Estrenada en el teatro de la Zarzuela el 30 de setiembre de 1858.

MADRID.

IMPRENTA DE LUIS GARCIA, SAN BARTOLOME, NUM. 4.

1858.

PERSONAJES.	ACTORES.	
DOÑA SOL.....	DOÑA....	JOSEFA MORA.
DOLORES.....	SEÑORA.	RODRIGUEZ.
DON JUAN DE SALDAÑA...	DON.....	TIRSO OBREGON.
EL REY.....	SEÑOR...	CALVET.
EL CONDE D'OPORTO.....	SEÑOR...	CUBERO.
MATEO.....	SEÑOR...	CALTAÑAZOR.
DON MENDO.....	SEÑOR...	ARDERIUS.
PEREZ.....		

DAMAS, CABALLEROS, CAZADORES, PAJES, GENTE DEL PUEBLO, ETC.

La escena es en Portugal á mediados del siglo XIV.

(El pensamiento de esta obra y algunas de sus situaciones están tomadas de una ópera cómica francesa.)

ACTO PRIMERO.

Fondo de un valle.—A lo lejos se divisa un pueblecito, y sobre una montaña una ermita, á la que conduce un camino que se pierde por entre los árboles.—En primer término á la izquierda una casa antigua con rejas, balcones y puerta practicables En un nicho de la fachada una Vírgen de piedra.—A la derecha la fachada de una venta En las ventanas de esta y la puerta, así como en los árboles repartidos por la escena, guirnaldas de flores y banderas. A la puerta de la venta un banco de fábrica. Al levantarse el telon empieza á amanecer. Se oye á lo lejos la campana de la ermita. *Mateo* entra á poco por el foro izquierda seguido de varios cazadores.

INTRODUCCION.

ESCENA PRIMERA.

MATEO, CAZADORES.

MÚSICA.

Coro.

Del valle á la selva
se escucha el clarin;
la caza nos llama,
venid, venid. (*Clarin á lo lejos.*)
Las sombras se ahuyentan,
el sol vá á salir;
aquí, cazadores,
oid, oid.

(*Clarin en la escena que repiten otros á lo lejos. Por todos lados entran cazadores y se reunen en el proscenio. Mateo queda en medio de ellos.*)

Listas las armas,
mano segura;
y aunque la fiera
por la espesura

con ruda cólera
se oiga bramar,
dejadla pasar.....
dejadla llegar.
Mas cuando estienda
su garra endida,
cuando se observe
su acometida,
un tiro rápido
la hará cejar,
y herida rodar,
y herida rodar.
¡A cazar!
¡á cazar!

MATEO. Al que tenga mejor tino
hoy en la caza,
le hará plaza
el mismo rey.
Y á palacio con su alteza
con franqueza
irá á comer.

CAZADORES. ¡Quién el honrado
llegará á ser! (*Con interés.*)

MATEO. ¿No lo adivinan? (*Con orgullo.*)

CAZADORES. Juro que no.

MATEO. Pues el honrado.....
(*Todos se acercan con curiosidad.*)
voy á ser yo. (*Con énfasis.*)

CAZADORES. ¡Oh! (*Burlándose de él.*)
Tienes mal tino.

MATEO. Mucho que sí.

CAZADORES. Eres cobarde.

MATEO. Siempre lo fuí.

CAZADORES. Vencer debemos.

MATEO. Ya lo verán;
mas con su alteza
no comerán:
que la fortuna
nunca fué suegra
con los que pasan

la pena negra
de estar en vísperas
de irse á casar;
y si vosotros
por ser solteros
matais javatos
y lobos fieros,
todas las ciervas
y otros cuernívoros
á mí vendrán.

CAZADORES. ¡Já! ¡já!
¡Já! ¡já! (*Riendo á carcajadas.*)
Si él lo confiesa
será verdad.
¿Con quién te casas,
mozo infeliz?

(*Se abre la puerta de la venta, y aparece Dolores.*)

MATEO. ¡Ved á mi novia! (*Con satisfaccion.*)
CAZADORES. ¡Dolores! (*Con sorpresa.*)
MATEO. Sí.

ESCENA II.

DOLORES, MATEO, CAZADORES. (*La primera baja al proscenio, y todos la rodean, á despecho de Mateo.*)

CAZADORES. ¡Viva mil años casada
nuestra graciosa ventera!
DOLORES. Muchas gracias, cazadores. (*Saludando.*)
MATEO. ¡A fuera! ¡á fuera! (*Separándolos incomodado.*)
¡Tened respeto
á mi mujer!
CAZADORES. ¡Qué bella esposa! (*Volviendo á rodearla.*)
MATEO. ¡Vamos á ver! (*Separándolos con fuerza.*)
Mirad que muy pronto
en este camino,
unido á su venta
pondré mi molino.
CAZADORES. Al buen molinero
habrá que moler.
DOLORES. No basta el molino.
CAZADORES. ¿Pues qué es menester?
MATEO. ¿Mi amor no es bastante?

DOLORES. Pudiera no ser. (*Con gracia.*)
MATEO. Descuida, prenda mia,
chiquita y remonona,
que el rey hoy de la caza
te ofrece su corona.
DOLORES. ¿Tú rey?....
MATEO. Por mas valiente
tendrán los cazadores
que orlar sobre mi frente
coronas mil de flores,
que yo pondré solícito
de alfombras á tus piés.
Cenar me hará en palacio
mi mérito en la caza,
y atronará el espacio
la voz de «*plaza, plaza,*»
que el pueblo dará en júbilo
al mozo que aquí ves.
DOLORES. Nunca lo esperes.
MATEO. ¿Cómo que no?
DOLORES. El rey de la caza.....
CAZADORES. Lo seré yo. (*Interrumpiéndola.*)
DOLORES. Ninguno de vosotros
la palma alcanzará;
hay uno mas valiente
que os la ha de disputar.
CAZADORES. ¿Quién es ese mancebo?....
DOLORES. ¡D. Juan!
CAZADORES. ¡D. Juan!
MATEO. ¡D. Juan!
(*Saldaña aparece bajando por la montaña.*)
DOLORES. ¡Miradle en la colina
qué apuesto y qué galan!
MATEO. Me dá muy mala espina
su elogio de D. Juan.

TODOS. Miradle en la colina
qué apuesto y qué galan;
si caza con nosotros,
el premio es de D. Juan.

(*Aparece Saldaña, y baja á dar la mano á los cazadores, que le saludan con respeto y alegría.*)

ESCENA III.

D. Juan, Dolores, Mateo, Cazadores.

Todos. ¡Salud, salud al cazador
de mas valor!
D. Juan. Salud os brinda el cazador
por tal favor.
Todos. ¡Oh, señor! (*Inclinándose.*)
D. Juan. Ahí vá la mano (*Ofreciéndosela.*)
del cazador. (*Todos se la dan.*)

Hijo feliz de la montaña,
libre de penas y esclavitud,
nada en el mundo mi dicha empaña,
nada entristece mi juventud.
Sin mas honores, ni mas placeres
que la certeza de mi arcabúz,
cambio mi nombre, cambio mi escudo
por la existencia que me das tú. (*Al arcabúz.*)
Del valle á la selva
se escucha el clarin;
la caza nos llama,
Oid, oid.
Las sombras se ahuyentan,
el sol vá á salir;
aquí, cazadores
¡venid! ¡venid!
Todos. Del valle á la selva
el sol, etc.

D. Juan. Mas si la patria gimiera un dia
bajo la saña del invasor,
yo la montaña olvidaría
para volar á su favor.
Y al escuchar el juramento (*Aparte.*)
de la que admite mi tierno amor,
lejos lanzara mi último aliento

de nombre y gloria lidiando en pós.
Del valle á la selva
se escucha el clarin;
la caza nos llama,
oid, oid.
Las sombras se ahuyentan;
el sol va á salir;
aquí cazadores
venid, venid.

TODOS. Del valle á la selva
se escucha, etc.

D. JUAN. Bebamos, entre tanto
que el sol nos da su lumbre.

MATEO. Apure cada mozo
lo menos un azumbre.

DOLORES. Entrad, que la ventera
el vino va á escanciar.

TODOS. Entrad, que la ventera
el vino va á escanciar.

(*Los cazadores entran en la venta con dolores. Quedan en la escena don Juan y Mateo. Aparecen al mismo tiempo el conde d'Oporto y D. Mendo, que entran por distintos lados observando la escena.*)

ESCENA IV.

D. JUAN, MATEO, EL CONDE, D. MENDO.

HABLADO.

MATEO. (*Aparte.*) Pues aunque el D. Juanito llegue á ser aclamado por rey de los cazadores, no impedirá tamaña infamia para que yo me distinga.

D. JUAN. (*Deteniéndole.*) ¿Conoces á aquellos caballeros?

MATEO. (*A gritos.*) Para que yo me distinga.

D. JUAN. ¿Quiénes son esos dos hombres?

MATEO. ¡Huy! Esos no son hombres; son D. Mendo, sobrino de

su alteza el rey, que Dios guarde, y su íntimo amigo, nuestro nuevo gobernador.

D. JUAN. (*Interrumpiéndole.*) ¿El conde d'Oporto?

MATEO. Justamente.

D. JUAN. ¡El magnate mas opulento de la córte!

MATEO. Justamente.

D. JUAN. ¡El caballero mas galante y seductor de Portugal!

MATEO. Justamente. ¡Oh! ¡qué idea tan magnífica! Voy á presentarle mi futura.

D. JUAN. ¿No tienes miedo á sus mañas? ¿Quieres que te la dote convenientemente?

MATEO. Justamente. (*Entra con rapidez en la venta. D. Juan se sienta en el banco que hay á la puerta de la misma.*)

ESCENA V.

EL CONDE, D. JUAN, D. MENDO.

D. MENDO. Os juro, querido conde, que todo lo que veo me sorprende. Reina en este pais un ambiente de alegría y regocijo.....

CONDE. Su alteza no ha escuchado desde ayer mas que gritos de entusiasmo y de respeto. Justo era que al dignarse venir á mi castillo con el objeto de pasar tres dias entregado al placer de la caza, todos los semblantes demostraran el júbilo, como todas las casas indican el placer de sus dueños.

D. MENDO. Ved ahí una, sin embargo, (*Señalando á la casa de la izquierda.*) cuyo aspecto severo y triste contrasta con el de las demas, tan alegres y engalanadas. ¿A quién pertenece tan sombrío asilo?

CONDE. Lo ignoro, señor..... (*Turbado.*)

D. MENDO. Tal vez esté ese cazador mas enterado que nosotros. (*Dirigiéndose á D. Juan.*) ¡Hola!.... Dime, amigo.....

D. JUAN. (*Con dignidad mirando la escena.*) ¿A quién se dirige vuestra señoría?

D. MENDO. A tí me parece.

D. JUAN. (*Levantándose con altivez y acercándose á ellos.*) Entonces, habla: ¿qué me quieres?

D. MENDO. (*Con enojo.*) Primero decirte quiénes somos y cómo se nos trata.

D. JUAN. Enseñadme antes cómo hablais cuando soleis ser ama-

ble, y qué quereis que un noble hidalgo os conteste.

D. MENDO. ¿Un hidalgo? Eso es otra cosa. Y bien, os ruego que me digais quién vive en esa casa.

D. JUAN. Una mujer.

D. MENDO. ¿Jóven?

D. JUAN. Jóven.

D. MENDO. ¿Bella?

D. JUAN. Bella.

D. MENDO. ¿Noble?

D. JUAN. Lo ignoro.

D. MENDO. ¿Rica ó pobre?

D. JUAN. Ningun desgraciado llama á su puerta sin recibir un consuelo ó una limosna.

D. MENDO. ¿Y no se sabe nada mas en el pais?

D. JUAN. Nada mas. Un dia vino á instalarse en esa casa, seguida de su anciano escudero; y como parece consagrar esclusivamente se vida á la oracion y la caridad, se la respeta, se la quiere, y nadie pregunta quién es, ni de dónde vino.

D. MENDO. ¿Sabrás al menos su nombre?

D. JUAN. Llámanla doña Sol, sin duda por el que tiene en su casa, y la apellidan de Coimbra, quizá por haber nacido en aquella ciudad.

CONDE. (*Turbándose al oir las últimas palabras de D. Juan, y dirigiéndose á Mendo.*) Señor, pronto debe llegar su alteza.

D. MENDO. Todavía es temprano para mi tio..... ¡Ah! ¿Con que es doña Sol la que habita esta casa? Ahora comprendo vuestra reserva, querido conde. ¡Doña Sol, la beldad misteriosa, cuyo recuerdo os perseguia en medio de nuestras fiestas mas brillantes!

D. JUAN. ¡El! (*Aparte.*)

CONDE. ¿Cómo, señor?..... ¿supondríais?

D. MENDO. Supongo que continuais enamorado de esa bella desconocida, y censuro su mal gusto por haber rechazado las ofertas y despreciado el cariño del caballero mas cumplido, seductor, galante, rico é irresistible de Portugal!....

CONDE. Esos serán cuentos de la villa.

D. MENDO. ¿No lo dice acaso bien alto el no haber querido admitir ese anillo que siempre llevais en la mano izquierda, y con el cual se abren las puertas de vuestro encantado palacio á las bellezas que enamora con suerte el señor conde?

CONDE. ¿Tanto poder dan á mi anillo?

D. MENDO. De mal agüero es esa riquísima perla negra para los amantes y los maridos, si se esceptúa de entre los primeros al que lo sea de esa beldad misteriosa.

D. JUAN. No es fácil que á dama de tal valía la conquisten sortijas, aunque fueran de monarca, ni la seduzcan perlas, aunque fueran mas negras que las alas de un cuervo.

D. MENDO. Ya veis, buen conde, que anda en lenguas vuestra derrota, y que el dicho de este cazador, mas parece desafío que cuento.

CONDE. Y acepto el reto, señor. Ya vereis el tiempo que empleo en triunfar de tan rebelde belleza.

D. MENDO. Allá veremos.

D. JUAN. (*Con sonrisa irónica.*) Dios nos ha dado la paciencia para saber esperar mucho tiempo. (*Saluda á D. Mendo y entra en la venta, mientras el Conde, que se ha dirigido al foro para mirar si alguien los observa, baja otra vez al proscenio.*)

ESCENA VI.

D. MENDO, EL CONDE.

CONDE. Al fin estamos solos.

D. MENDO. ¿Teneis que comunicarme alguna noticia?

CONDE. Una que á ambos nos interesa, y de la que depende vuestro trono y la seguridad de nuestras vidas.

D. MENDO. (*Con altivez.*) De nuestras vidas.....

CONDE. Hablemos francamente, señor. Vos érais sobrino de un rey sin sucesion directa, y la fortuna parecia haberos reservado para un porvenir brillante. El pueblo os designaba como heredero del trono, cuando su alteza tuvo un hijo que echó por tierra vuestras justas esperanzas.

D. MENDO. Y las vuestras.

CONDE. Yo queria daros un trono.

D. MENDO. Y guardar para vos el poder aun á costa de un crímen..... (*En voz baja.*)

CONDE. Crímen que otro ha purgado. El duque de Mendoza, antiguo gobernador de la provincia, y descendiente de una noble familia española, fue desgraciadamente acusado de haber dado muerte al régio vástago, con el fin de entregar el reino al príncipe de España. Sabeis

tan bien como yo que debió su salvacion á la fuga, acaecida despues de dictada su sentencia.

D. MENDO. Historias viejas son esas que todos sabemos de memoria.

CONDE. Puesta á precio su cabeza, y proscripta su familia, todo parecia propicio á nuestro proyecto.

D. MENDO. ¿Y bien?

EL CONDE. (*Con misterio.*) El duque de Mendoza ha penetrado otra vez en Portugal.

D. MENDO. (*Con intencion.*) Supongo que vendreis á anunciarme su muerte.

CONDE. Ignoro aun dónde se oculta.

D. MENDO. ¿Qué esperanza puede abrigar?

CONDE. La de justificarse.

D. MENDO. (*Aterrado.*) ¿Y si lo consiguiese?

CONDE. (*Con seguridad.*) ¿Cómo podria probar su inocencia? Cuando sus bienes confiscados pasaron á mi poder, y vine á habitar á su antiguo castillo, destruí los documentos que pudieran salvarle, y entregué á sus jueces los que, verdaderos ó falsos, condujeran á su pérdida. Si me he apresurado por lo tanto á daros tal noticia, ha sido para evitar que al dárosla otra persona, os cogiera de sorpresa.

D. MENDO. No por habérmela vos dado, me ha sorprendido menos; pero afortunadamente habeis sabido dejarme tranquilo. (*Se oye la voz de Mateo; D. Mendo hace señas al Conde para que calle.*)

ESCENA VII.

D. MENDO, EL CONDE, DOLORES Y MATEO (*que salen de la venta*).

MATEO. (*Trayendo de la mano á Dolores.*) Ven, ven, remonona... quiero presentarte al señor Conde; estoy seguro que nos sucederá alguna cosa buena.

CONDE. (*Mirándola.*) ¡Calla!.... no me engaño..... es la hija de nuestro posadero del Encinar, la graciosa Dolores.

DOLORES. (*Saludando.*) Para serviros, señor.

MATEO. Muchas gracias, señor.

CONDE. (*Cogiendo á Dolores de la mano y presentándosela á don Mendo.*) ¿Há visto vuestra excelencia entre las damas de la córte un talle mas flexible, unos ojos mas espresivos y un cutis mas terso que el de esta aldeana?

MATEO. (*Inclinándose á menudo.*) Muchas gracias, señor.
D. MENDO. En efecto, es muy linda.
MATEO. (*Saludando.*) Estimando, señor.
D. MENDO. Muy graciosa.
MATEO. ¡Oh, alteza! ¡Yo agradezco á vuestra alteza las bondades de su alteza!
CONDE. ¿Quién es este imbécil?
DOLORES. Es un mozo del molino..... Mateo, mi novio, señor.
CONDE. ¡Eso!
MATEO. Sí, señor, esto. Desde nuestra mas tierna edad nos hemos enamorado de nuestros encantos recíprocos, y el himeneo coronará nuestros votos..... en cuanto yo tenga cien ducados para comprar un molino.
CONDE. (*Aparte á D. Mendo.*) ¿Os parece que deba yo permitir que tan linda muchacha pase á ser patrimonio de ese zángano?
D. MENDO. (¿Y cómo impedirlo?)
CONDE. (¿Cómo? Nada mas fácil.) (*Alto á Mateo.*) ¿Con que en teniendo cien ducados se celebra la boda?
DOLORES. } (*A un tiempo.*) Sí, señor.
MATEO. }
CONDE. Pues bien..... ahí los teneis. (*Dando un bolsillo á Dolores.*)
DOLORES. ¡Es posible!
MATEO. ¡Qué alegría, tan alegre!
D. MENDO. (*Aparte al Conde.*) ¿Y era ese el medio de impedir?
CONDE. (*Idem á D. Mendo.*) Ese es el principio.
D. MENDO. ¿Y el fin?
CONDE. Ya os le diré esta noche.
D. MENDO. ¿Esta noche?
CONDE. En medio de la fiesta, y despues que su alteza se digne comer en mi palacio, vereis en él á la graciosa Dolores.
D. MENDO. (*Sonriendo.*) ¿Vais á emplear en esa pobre conquista el gran recurso de vuestra sortija con la perla negra? Cuidad no quedeis derrotado como en la otra aventura..... Voy al encuentro de su alteza.
CONDE. Hasta dentro de un rato, señor.
D. MENDO. Hasta luego. (*En voz alta á Dolores.*) (*Sale por el foro, izquierda.*)

ESCENA VIII.

DOLORES, MATEO, EL CONDE.

MATEO. Ya me parece que veo las aspas del molino..... pan..... pan..... pan..... pan.....

CONDE. Ahora, lo que ha hecho el dinero, que el dinero lo deshaga.

MÚSICA.

Terceto.

CONDE. Yo me intereso
en vuestro amor.
MATEO. ¡Cuántos ducados!
DOLORES. ¡Gracias, señor!
CONDE. Pero antes de casarte
(*A Mateo, mientras Dolores se sienta en el banco á contar el dinero.*)
un rato me has de oir.
Tal vez en mi consejo
esté tu porvenir.
Es poco ese dinero;
si quieres ser feliz,
ten otros cien ducados
tan solo para tí. (*Le dá otro bolsillo.*)
MATEO. ¿Para mí?
CONDE. Que nadie, ni ella misma
(*Señalando á Dolores.*)
lo llegue á descubrir.
MATEO. ¡Para mí!
Con estos cien ducados
chiquirritos y plateados,
¿quién me tose á mí?
(*Haciendo sonar el bolsillo.*)
Tin..... tin..... tin..... tin.....
tin..... tin..... tin..... tin.....
que nadie, ni ella misma
lo llegue á descubrir.
CONDE. Con esos cien ducados
chiquirritos y plateados,
¿quién te tose á tí?

DOLORES. (*Haciendo sonar su bolsillo.*)
Tin..... tin..... tin..... tin.....
tin..... tin..... tin..... tin.....
que rabien las vecinas
al verme tan feliz.

MATEO. En vez de un molino
yo quiero dos.
CONDE. ¿Otro molino?
¡bueno, por Dios!
En vez de molinero
serás un caballero,
y todas las doncellas
mas ricas y mas bellas
en pos de tus escudos
su mano te darán.
MATEO. Es verdad.
CONDE. El oro es rey del mundo.
MATEO. Con él todo se alcanza.
CONDE. Tendrás esposa rica.
MATEO. Y aperos de labranza.
CONDE. Y te darán sus hijas
los nobles de solar.
MATEO. Á contar.
DOLORES. Ya le habla el caballero
sin duda á mi favor.
MATEO. Me caso con la viuda
de algun corregidor:
veremos mientras cuento
lo que me está mejor;
el oro lo dá todo,
placer, mujer, amor:
gracias, señor.
CONDE. Silencio, que no advierta
Dolores tu esplendor.
MATEO. (*Mirando á Dolores por encima del hombro.*)
Señora mia;
poquito á poco;
si la queria
yo estaba loco:
ya soy muy rico

para aspirar
á la moza mas rica y mas bella
de este lugar.

CONDE. Con la alegría
se vuelve loco:
si aun no la olvida,
le falta poco;
porque el borrico
querrá aspirar
á la moza mas rica y mas bella
de este lugar.

(*Dolores se levanta, llamada por el Conde, y Mateo se sienta en el mismo sitio á contar el dinero de su bolsillo.*)

CONDE. Si tú quieres diamantes
y perlas del Brasil,
que te hagan mas hermosa,
mas rica y mas gentil,
que den envidia á todas
las mozas del pais,
yo tengo esos tesoros
tan solo para tí.

DOLORES. ¿Para mí?

CONDE. Con este rico anillo
te vas á mi castillo,
y todos al mirarte
verán su reina en tí.

DOLORES. En mí.

CONDE. Podrás de mi tesoro
coger montones de oro,
y al pueblo rica y noble
magnífica volver.

DOLORES. ¡Oh placer!

CONDE. Y mil y mil ducados
chiquirritos y plateados
serán para tí.
Tin..... tin..... tin..... tin.....
tin..... tin..... tin..... tin.....
Que nadie, ni Mateo
lo llegue á descubrir.

DOLORES. Y mil y mil ducados
chiquirritos y plateados
serán para mí.

MATEO. (*Contando su dinero en el banco.*

Tin..... tin..... tin..... tin.....
tin..... tin..... tin..... tin.....
toditas las muchachas
vendrán detrás de mí.

DOLORES. En vez de una venta
yo quiero dos.

CONDE. ¿Quiéres dos ventas?
¡Bueno por Dios!
En vez de labradora
serás una señora,
y mas de cien muchachos
con dagas y mostachos
en pos de tus escudos
su mano te darán.

DOLORES. Es verdad.

CONDE. El oro es rey del mundo.

DOLORES. Con él todo se alcanza.

CONDE. Tendrás esposo rico.

DOLORES. Y amor y bienandanza,

CONDE. Y te darán sus hijos
los nobles de solar.

DOLORES. Es verdad.

MATEO. Tal vez el caballero
la cuenta mi esplendor.

DOLORES. Me caso con el padre
de algun embajador.
Venga el anillo, y luego (*El Conde se le dá.*)
lo pensaré mejor.
El oro lo dá todo,
placer, marido, amor:
gracias, señor.

CONDE. Silencio, que no advierta
Mateo tu esplendor.

DOLORES. A tus amores
(*Mirando á Mateo con desprecio.*)
seré de roca:
si te queria
estaba loca;
ya soy muy rica
para aspirar
al muchacho mas rico y buen mozo
de este lugar.

CONDE. Con los brillantes

se vuelve loca;
con sus amantes
será de roca,
porque la nécia
quiere aspirar
al muchacho mas rico y buen mozo
de este lugar.

Á UN TIEMPO.

Conde.	Dolores.	Mateo.
Tesoro	Anillo	El oro
es el oro	sencillo	es tesoro
que al alma	sin calma	que calma
la calma	mi alma	del alma
le roba	te vé	la ardiente
á traicion.	con temor.	ambicion.
Amor	Brillantes,	Pues vos
inocencia	diamantes,	me habeis dado
ventura	vestidos,	el bien
prudencia	prendidos	mas preciado,
sucumben	y galas	que Dios
del oro	sin cuento	os bendiga:
al vivo	te pide	mil gracias,
esplendor.	mi voz.	señor.

(*El Conde vá á sentarse riendo sobre el banco, y observa á Dolores y Mateo.*)

Mateo. (*Saltando de alegría.*) ¡Cuando yo decia que me iba á suceder algo bueno! Ven, Dolores, corramos á casa de mi tio.

Dolores. No, no, quiero consultar á doña Sol. Vamos primero á casa de mi padre, y despues á la suya.

Mateo. Nada, nada, á casa de mi tio primero.

Dolores. De ninguna manera; primero á casa de mi padre.

Mateo. (*Gritando.*) ¡A casa de mi tio!

Dolores. (*Gritando mas.*) ¡A casa de mi padre!

Mateo. ¿Esas tenemos?.... pues por mi parte puedes irte sola donde te plazca.

DOLORES. Maldita la falta que me haces.

MATEO. (*Haciendo sonar su bolsa.*) Desde hoy no me faltarán muchachas á quien obsequiar.

DOLORES. (*Mirando el anillo.*) Y yo encontraré cuantos maridos quiera.

MATEO. ¿Sí? pues buen viaje.

DOLORES. Hasta la vista: yo no sé cómo he podido querer á un hombre tan feo.

MATEO. ¡Qué mujer tan desgarbada! (*Salen corriendo cada uno por su lado.*)

CONDE. (*Levantándose.*) Oro, rey del mundo, hé aquí tu obra. (*Oyense á lo lejos vivas y voces de alegría. El teatro empieza á llenarse por todas partes de hombres, mujeres y niños del pueblo que preceden á la comitiva del Rey, bailando y arrojando flores. Las montañas y las alamedas se llenan de curiosos. Los cazadores salen de la venta, y aparécese poco á poco la comitiva del Rey por el órden siguiente: primero los guardias, despues los pajes, unos con benablos en la mano, otros con ballestas, otros con los arcabuces del Rey, y otros con jaurías de galgos y alanos; despues los monteros; luego los señores de la corte en traje de caza, y luego, despues de una guardia numerosa, el Rey y D. Mendo, á los que se reune el Conde. Cierran la marcha los ballesteros de su alteza.*)

ESCENA IX.

EL REY, EL CONDE, D. MENDO, CAZADORES, PAJES, ETC.

CORO.

(*Dentro.*)
UNOS. Paso á la jauría
OTROS. Ata ya el lebrel.
—— Mira que los galgos
llegan en tropel.
—— Paso á la jauría,
el collar poned.
—— Guardas de los galgos,
sitio al del lebrel.
(*Salen.*) Se escuchan ya los vítores
ya llegan en tropel,
el paje y el montero

el grande y el doncel.
Con voces mil de júbilo
la selva estremeced,
diciendo con nosotros:
¡viva el Rey!
¡viva el Rey!

REY. ¡Qué dulces son para mí, querido Conde, los trasportes de alegría de ese pueblo feliz! Solo esta felicidad podria aminorar en parte el horrible tormento de mi alma.

D. MENDO. Dejad, señor, tan tristes ideas.

REY. Si Dios se hubiera servido llamar á sí á mi hijo, mi dolor tendria límites; pero asesinado cobardemente por quien habia recibido de mí tantos beneficios, no se secarán mis lágrimas hasta el dia que la justicia divina quiera entregarme al culpable, hasta el momento en que mi brazo de Rey pueda lavar las heridas del corazon del padre.

CONDE. (*Procurando distraerle.*) Señor, ya está preparada la tienda de vuestra alteza, y cuando os digneis dar la señal, podremos partir. (*Oyense las campanas de la ermita, y sale de ella, bajando por los senderos de la montaña, una procesion de doncellas del pueblo con una bandera blanca. En el momento se arrodillan todos, escepto el Rey, que se descubre y se inclina. Doña Sol y Dolores, que estaban á la cabeza de la procesion, bajan al proscenio, mientras todas las demas jóvenes se quedan en la montaña.*)

CORO DE MUJERES DENTRO DE LA ERMITA.

Escucha ¡oh Dios! los votos
que de esta humilde grey
ascienden á los cielos
orando por su Rey.

ESCENA X.

Dichos, DOÑA SOL.

REY. (*Al Conde.*) ¿Qué ceremonia se celebra hoy en el pueblo?

CONDE. Todas las mujeres de la villa rogaban á Dios en la er-

mita por vuestra alteza, y el oficio ha terminado.

REY. (*Viendo á doña Sol que se detiene en medio del teatro para hablar á Dolores.*) ¡Aun esa mujer!

D.ª SOL. (*A Dolores.*) Vete, hija mia; sigue mis consejos, y ten presente que el amor de tu prometido vale mucho mas que las riquezas, que te haria pagar muy caro el anillo del Conde d'Oporto. (*Dolores se inclina y entra pensativa en la venta. Doña Sol, que va á continuar su camino, se detiene á la vista del Rey y de los señores, y baja su velo.*) ¡Oh, Dios!

CONDE. (*Viendo á doña Sol.*) ¡Es ella! El Rey se ha turbado á su aspecto. (*Durante lo que precede, la procesion ha continuado su marcha, desapareciendo por la falda de la montaña: todas las gentes del pueblo han ido á su encuentro; los cazadores han entrado en el valle, quedando sola en la escena la comitiva del Rey.*)

REY. (*Observando á doña Sol.*) Sí, ella es, la que he encontrado ya dos veces en mi camino. (*Deteniendo á doña Sol, que se inclina para continuar su marcha.*) Perdonad, señora, no es esta la vez primera que recibo de vos semejante saludo; pero salís de una iglesia donde se rezaba por mí, y seria un ingrato si no deseara saber quién sois, para agradecer vuestras oraciones.

D.ª SOL. Si ese es el deseo de vuestra alteza, estoy pronta, señor, á darme á conocer.

CONDE. (*Aproximándose.*) Al fin podré saberlo.

D.ª SOL. (*Viendo al Conde.*) Pero solo de vuestra alteza.

REY. Señores, retiraos. (*Todos se inclinan.*)

D. MENDO. (*Al Conde al retirarse.*) Tened cuidado, querido Conde, de que el Rey no triunfe antes que vos de vuestra bella desconocida. (*Cuando la escena queda libre, doña Sol levanta su velo en el momento en que el Rey se acerca á ella.*)

ESCENA XI.

DOÑA SOL, EL REY.

REY. ¿Es posible que tanta gracia y belleza estén ocultas en tan sombrío retiro?

D.ª SOL. Con una sola palabra comprendereis, señor, el motivo de mi soledad.

REY. (*Con galantería.*) ¿Y esa palabra es?....

D.ª SOL. El nombre que deseais saber.

REY. ¿Vuestro nombre?

D.ª SOL. Pero antes de pronunciarle me atrevo á reclamar de vuestra alteza una promesa solemne: su palabra real de no divulgar á nadie el secreto que voy á confiarle.

REY. El Rey os dá su palabra de caballero.

D.ª SOL. (*Con espansion.*) Bendito seais, señor, puesto que ya puedo hablaros. (*Arrodillándose.*) Señor, soy doña Sol, hija del Duque de Mendoza.

REY. (*Retrocediendo.*) ¡Vos, señora, vos.... hija del Duque de Mendoza, de un traidor, de un asesino!....

D.ª SOL. De un inocente, señor.

REY. (*Fuera de sí.*) Un inocente que ha intentado entregar mi trono al estranjero; un inocente que ha amargado mi vida, acabando con la de mi hijo.

D.ª SOL. Señor, dignaos escucharme.

REY. Pero vos olvidais, señora, que está puesta á precio su cabeza, que su familia está proscripta, y que entrar en el reino es correr á una muerte segura.

D.ª SOL. Yo no lo he olvidado, señor; pero sé que una hija se debe á su padre, sé que el Duque de Mendoza sufre el castigo de un crímen cometido por otros, sé que las pruebas de su inocencia existen; y para buscarlas, para descubrirlas, he roto el destierro, á pesar de la muerte que puede esperarme.

REY. Basta, basta. ¡Hola! (*Dirigiéndose á la izquierda.*)

D.ª SOL. Deteneos, señor: he confiado en vuestra fé de caballero, acordaos.

REY. Yo me acuerdo de mi hijo, señora.

D.ª SOL. Recordad que sois Rey, señor, y que tengo vuestra palabra.

REY. (*Deteniéndose.*) ¡Oh! teneis razon: el Rey guardará vuestro secreto; pero el padre perseguirá á muerte al asesino de su hijo. (*El Rey sale vivamente por el foro de la izquierda, deteniendo á doña Sol, que intenta seguirle. Al quedarse sola se aproxima á su casa, y se arrodilla delante de la estátua de la Virgen.*)

ESCENA XII.

Doña Sol.

MÚSICA.

Romanza.

Vírgen María,
madre de amores,
refugio célico
de pecadores,
oye mis súplicas,
mírame aquí:
da á mi plegaria
sitio en tu cielo;
y pues que huérfana
lloro en el suelo,
vela por mí.

(*En este momento aparece D. Juan por el foro, dirige una ojeada á su alrededor, como para asegurarse de que nadie los observa, se detiene despues á algunos pasos de doña Sol, hasta que esta se levanta y le vé.*)

ESCENA XIII.

Doña Sol, D. Juan.

D.ª Sol. ¡Ah! ¿Sois vos?

D. Juan. No tembleis, estamos solos: decid, sin embargo, una palabra, y me retiro.

D.ª Sol. (*Tendiéndole la mano.*) No, quedaos; así tendré el placer de estrechar una mano fiel, y fijar mis ojos en los de un amigo.

D. Juan. ¿Qué veo? ¡Estais turbada, habeis llorado!

D.ª Sol. He sufrido mucho; pero la oracion calma todos los dolores, y estoy ya tranquila.

D. Juan. El mismo pesar de siempre: me llamais vuestro hermano, y me ocultais un secreto que hace correr vuestras lágrimas.

D.ª SOL. ¿Y si ese secreto fuera un peligro para vos?

D. JUAN. ¿No tengo yo el derecho de compartir con vos todos los que os amenacen: con vos, que me habeis recogido herido y casi moribundo: con vos, cuyos cuidados han reanimado mi cuerpo, y cuya dulce voz ha despertado mi alma; y debiéndoos la vida, no quereis que yo os la consagre? Es decir que dudais de mí, que dudais de mi amor.

D.ª SOL. ¡Oh! no: yo creo en él, como creo en Dios, en su bondad y en su justicia.

D. JUAN. Confiadme entonces ese secreto que hasta hoy me habeis ocultado.

D.ª SOL. (*Turbada.*) Es imposible.

MÚSICA.

Duo.

D. JUAN. Cuando la triste noche
envuelta en hielo frio,
tiende su negro manto
sobre el bosque sombrío,
oculto su semblante
te aguarda un mensajero:
¿por qué le ves solícita?
¿adónde va ligero
tu carta á dejar?

D.ª SOL. Ese es un secreto
que debo guardar:
así lo he jurado
al pié del altar.

D. JUAN. ¿Quién es el dichoso
que osó sin temblar,
pedir á esos lábios
un grito no mas?

D.ª SOL. Respeta un secreto,
respeta un dolor,
no dudes del alma
que te dió su amor.
Recuerda que un momento
al pié de aquella roca
el dulce juramento

oiste de mi boca
de eterna fé.
Y el eco que escondido
notaba mi alegría,
oculto en la montaña
alegre repetia:
¡acuérdate!

D. JUAN. Mi ilusion y amor te dí.

D.ª SOL. Yo escuché tu tierno amor.

D. JUAN. Y yo entonces respondí
á tu acento seductor.
Si un tiempo, perjura,
amargas mi vida,
si aleve tu pecho
por otro me olvida,
loco, loco de pena
me volveré.
¡Acuérdate!

Á DUO.

D.ª SOL. Si el cielo desoye
mis votos amantes,
en otra fortuna
y en tierras distantes
nunca, nunca, Saldaña
te olvidaré.
¡Acuérdate!

D. JUAN. Si un tiempo, perjura,
amargas mi vida,
si aleve tu pecho
por otro me olvida,
loco, loco de pena
me volveré.
¡Acuérdate!

D. JUAN De noble orgullo
tu amor me llena;
hoy á mi rango
vuelvo á aspirar.
Mi pobre nombre
has preferido,

noble y honrado
te le he de dar.

D.ª Sol. No te comprendo:
dime qué esperas.

D. Juan. Aquí esta noche
te quiero hablar,
y mi esperanza
podré contarte,
si tú confias
en tu D. Juan.

A DUO.

D. Juan.
En tí mi dicha,
en tí mi calma
en tí mi alma
colocaré.
Mas si traidora
te miro ajena
loco de pena
me volveré.
¡Acuérdate!
¡acuérdate!

D.ª Sol.
Ven esta noche,
en tí confio;
aquí, amor mio,
te aguardaré;
pero recuerda
que aquí conmigo
hay un testigo
(*Señalando á la Vírgen.*)
que tu alma vé.
¡Acuérdate!
¡acuérdate!

(*D. Juan se retira rápidamente por el foro. Doña Sol va á entrar en su casa; pero ve á Perez que acaba de aparecer por el bosque: se detiene, y le hace señas para que se aproxime.*)

ESCENA XIV.

Doña Sol, Perez.

D.ª Sol. (*En voz baja.*) ¡Ah! Perez, ¿y mi padre?

Perez. A pesar de todas nuestras instancias, su excelencia el Duque de Mendoza ha entrado en Portugal.

D.ª Sol. ¡Dios mio! ¡qué imprudencia!

Perez. Pero esta carta que me ha entregado para vos debe tranquilizaros: tomad, señora; los momentos son preciosos, y parto en este instante.

D.ª Sol. ¿A dónde vais?

Perez. A penetrar en el castillo del Conde d'Oporto, que como

sabeis está á dos pasos de aquí, fue en otro tiempo la morada de vuestro padre. La fiesta de este dia me proporcionará los medios. Adios, señora; rogad al cielo por mí y por vuestro padre. (*Sale por el foro derecha.*)

D.ª Sol. ¡Al castillo del Conde d'Oporto!.... ¿Qué significa?.... (*Leyendo.*) «Mi amada hija: á pesar del destierro que »pesa sobre mí, y de la sentencia de muerte que me »amenaza, muy pronto estaré á tu lado.....» (*Hablando.*) ¡Oh! velad por él, Dios mio..... (*Leyendo.*) «No tiembles, »porque sé al fin dónde encontrar las pruebas de mi ino»cencia y del crímen de mis enemigos. Un antiguo ser»vidor que se ha reunido á nosotros hace dos dias, habia »ocultado una parte de mis papeles en la gran sala del »castillo, en la segunda columna, debajo del retrato del »príncipe de Mendoza, nuestro abuelo. Allí está toda »mi esperanza.» Sí, Perez es un amigo leal; mi padre se ha salvado. (*Se oyen dos tiros.*) ¡Gran Dios! (*El Rey y todo su acompañamiento aparecen por la izquierda: el Conde y detrás los cazadores por la derecha: el Conde entra pálido y turbado, y se dirige inmediatamente al Rey.*)

ESCENA XV.

D.ª Sol, D. Juan, El Rey, El Conde, Mateo, Dolores, D. Mendo, cazadores, pueblo, acompañamiento de ambos sexos.

Conde. (*Al Rey.*) Señor: en el mismo castillo que vuestra alteza va á honrar hoy con su presencia, ha penetrado un miserable asesino.

Todos. (*En voz baja.*) ¡Un asesino!

Conde. Tal vez un cómplice del Duque de Mendoza: la guardia leal le ha dejado muerto al pretender esconderse en la habitacion destinada á vuestra alteza. (*Murmullos y agitacion en todos los circunstantes.*)

D.ª Sol. (*Con desesperacion.*) Perez no existe, y era el último servidor de mi padre. ¡Dios mio, no abandones la inocencia!

MÚSICA.

Coro final.

Coro. Dios en sus altos fines
castigo dió al cruel

que quiso infamemente
asesinar al Rey.

REY. Mil gracias, pueblo mio,
dichoso yo te haré.

D.ª SOL. ¡Oh reina de los cielos,
mi horrible estado vé!
Señor..... (*Dirigiéndose al Rey y echándose á sus piés.*)

REY. Atrás, señora. (*Con aspereza.*)

CORO. Llorando está á sus pies.

D.ª SOL. Justicia. (*Siguiendo al Rey de rodillas.*)

REY. Atrás. (*Retirándose.*)

D.ª SOL. Justicia. (*Con desesperacion.*)

REY. Huid de esa mujer.

(*Todos se apartan: doña Sol viene aterrada á un rincon del teatro, y esconde el rostro entre sus manos.*)

DOLORES. (*A Mateo.*) Mateo, me arrepiento.

MATEO. Dolores, yo tambien.

DOLORES. Mi mano. (*Tendiéndosela.*)

MATEO. Ahí va la mia. (*Dándosela.*)

DOLORES. Que Dios nos oiga.

MATEO. Amen.

DOLORES. Devuelvo yo este anillo
que no quiero tener.

MATEO. Devuelve, y el dinero.....
me quedo yo con él.

DOLORES. Señora..... á su consejo (*Dirigiéndose á doña Sol.*)
es fuerza obedecer;
no quiero en el castillo
poner la planta infiel.
Quisiera en este instante
la perla devolver;
mas temo de ese Conde
el ódio y el poder.

D.ª SOL. Con él se entra en palacio..... (*Reflexionando.*)
¡Valor!....

DOLORES. ¿Qué debo hacer?

D.ª SOL. Dame el anillo al punto, (*Le toma.*)
yo se le volveré: (*Dolores se va con Mateo.*)
por tí, padre, la vida (*Aparte.*)
con gusto perderé.

D. JUAN. Sol mio, aquí esta noche (*A doña Sol.*)
mis planes te diré.

D.ª SOL. No vengas esta noche. (*Turbada.*)

D. JUAN. ¿Por qué? (*Sorprendido.*)
D.ª SOL. Jamás.
D. JUAN. ¿Por qué?

D. JUAN.
Sospecha horrible
mi pecho siente;
vé de repente
desparecer
de mi esperanza
la lumbre pura;
si eres perjura,
acuérdate.

D.ª SOL.
Tormento horrible
mi pecho siente;
que Dios clemente
valor me dé:
y de mi padre
por la ventura
mi dicha pura
olvidaré.

CORO. Del valle á la selva
se escucha el clarin;
la caza nos llama,
venid, venid.

D. JUAN. Listas las armas,
mano segura;
y aunque la fiera
por la espesura
con ruda cólera
se oiga bramar,
dejadla pasar,
dejadla llegar.

CORO. Dejadla llegar.

D. JUAN. Mas cuando estienda
su garra hendida:
cuando se observe
su acometida,
un tiro rápido
la hará cejar,
y ardiente llegar,
y herida rodar.

CORO. Y herida rodar.

TODOS. Listas las armas, etc.

D. JUAN. ¡A cazar!

TODOS. ¡A cazar!

(*El Rey se dirige al valle precedido por los cazadores, y seguido del pueblo, D. Mendo, el Conde y su acompañamiento. Doña Sol se arrodilla ante la estátua de la Vírgen; D. Juan, antes de desaparecer, la mira con interés. Cae el telon.*)

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO SEGUNDO.

Gran salon gótico en el castillo del Conde d'Oporto. Una columnata de mármoles rodea la escena. Estátuas y retratos en los huecos de la misma. En el fondo una gran abertura que se cierra con cortinas y por la que se ve, cuando están descorridas, los jardines iluminados. A la derecha, en primer término, una puerta secreta. Profusion de lámparas y candelabros con velas encendidas. Tres mesas magníficamente servidas en medio del salon: en la de enmedio está el Rey con D. Mendo y el Conde: los caballeros de la córte en la derecha, y en la izquierda los monteros y alta servidumbre, ocupando sus dos estremos D. Juan y Mateo. El primero no toma ninguna parte en la alegría general. Multitud de pajes atraviesan la escena, sirviendo los manjares con vajilla de plata.

ESCENA PRIMERA.

El Rey, D. Mendo, El Conde, D. Juan, Mateo, Pajes y Criados.

(*Introduccion musical: cuando esta se termine, y en los últimos compases, el Rey se levanta con una copa de oro en la mano. Todos le imitan en seguida, y alzando las copas en el aire, dicen las palabras marcadas.*)

Coro. Olvidemos el amor
que es amargo su festin:
en la espuma del licor
el placer no tiene fin.
El veneno engañador
de unos lábios de carmin
nada puede entre el rumor
de las copas del festin.

Rey. ¡A beber!

Todos. ¡A beber! (*Beben, y en seguida se levantan de las mesas formando diferentes grupos.*)

D. MENDO. Dia completo. Si espléndida ha sido la caza, mas espléndida es aun la fiesta.

REY. Conde, hemos despoblado vuestro monte para mucho tiempo.

CONDE. La presencia de vuestra alteza electrizaba á nuestros cazadores, y todos ellos han hecho prodigios de valor.

REY. Es cierto; pero hoy existe otro rey que yo: el rey de la caza. ¿Dónde está el hábil cazador que ha merecido el premio?

CONDE. (*Despues de haber hecho una seña á un paje, que se acerca á D. Juan y Mateo, invitándoles para que se acerquen.*) Vuestras órdenes van á ser ejecutadas, señor. Puesto que tenemos en este banquete al mas hábil y al mas torpe de nuestros cazadores, van á ser presentados á vuestra alteza.

D. JUAN. (*Cerca del Rey.*) ¿Su alteza se ha dignado llamarme?

MATEO. (*Aparte á D. Juan.*) Llamarnos..... llamarnos.

REY. (*A D. Juan.*) Vuestro tino, vuestra intrepidez os han hecho rey, sin grandes aparatos ni estensos dominios, es cierto; pero los príncipes deben ayudarse mútuamente. ¿Qué quereis que haga por vos, primo mio?

D. JUAN. Si vuestra alteza desea recompensar al mas hábil y afortunado cazador, cien hay que merezcan mas que yo semejante honra.

REY. ¿Qué quereis decir?

MATEO. ¡Cómo!.... rehusa..... ¡qué bárbaro!

REY. (*Mirando á Mateo.*) ¿Qué?

MATEO. (*Inclinándose.*) Y tal.

D. JUAN. Pero si el Rey estima en mas que la habilidad de un cazador la fidelidad de un vasallo; si el Rey, que desea favorecer á sus compañeros de placeres, quiere honrar tambien á sus compañeros de glorias y fatigas, que se acuerde de mi padre y que se digne hacer memoria de mis antepasados. (*Movimiento de sorpresa entre los convidados.*)

REY. (*Vivamente.*) Decidme vuestro nombre.

D. JUAN. Señor, mi abuelo, que combatió al lado del vuestro, se llamaba D. Fernando, Conde de Saldaña, y mi padre, que murió al servicio de vuestra alteza.....

REY. (*Interrumpiéndole.*) Se llamaba D. Enrique.

D. JUAN. Es cierto.

REY. ¡Y vos sois un pobre cazador!

D. JUAN. Tambien es cierto, señor.

REY. No somos culpables de olvido, caballero, puesto que vos mismo os habeis sustraido á nuestro reconocimiento. Conde de Saldaña, desde mañana volvereis á ocupar vuestro puesto al lado mio.

D. JUAN. Será fielmente cumplido, señor. (*El Rey habla con el Conde paseándose por el salon.*)

MATEO. Ahora me toca á mí.

D. JUAN. (*Aparte.*) Este rango, estos títulos que yo queria reconquistar para ella, los poseo al fin. ¡Oh! á pesar suyo, á pesar de su prohibicion, necesito verla. (*Sale por el foro. D. Mendo atraviesa la escena mirando á Mateo.*)

D. MENDO. Pero aquí tenemos á otro héroe.

REY. Si no me equivoco, es ese individuo.

CONDE. Sí, señor.

MATEO. (*A quien D. Mendo hace señas de que se acerque.*) Sí, señor.

CONDE. ¡Ah! es el torpe Mateo.

MATEO. Es el torpe..... (*Conteniéndose.*) Soy yo, señor.

REY. Has hecho magníficos tiros

MATEO. Habia jurado distinguirme, señor.

D. MENDO. Cada vez que disparaba el arcabuz se le oia gritar: «por poco le doy.»

MATEO. Habia jurado distinguirme.

CONDE. Y tanto lo has hecho, que al fin de la caza todos contaban sus víctimas, mientras tú volvias con las manos vacías.

MATEO. Habia jurado distinguirme.

REY. En vista de tus méritos, te hago guarda del monte: ¡no hay miedo que mates la caza.

MATEO. Jamás, señor; soy incapaz de ello.

REY. Lo creo.

MATEO. ¡Viva! Esta noche un empleo, y esta mañana cien ducados.

REY. ¡Cien ducados!

MATEO. Que debo á la generosidad de su escelencia.

CONDE. Sí, este mozo me interesaba.

D. MENDO. Tiene una novia bellísima.

CONDE. Y he querido asegurar su porvenir.

MATEO. Y sobre todo el de mi mujer. ¡Su escelencia es tan generoso!

REY. (*Aparte al Conde.*) Esa historia debe ser verdadera, querido Conde, puesto que no veo en vuestra mano esa perla negra, de la que la fama cuenta maravillas; ese

anillo mágico que abre las puertas de vuestro palacio y dá las llaves de vuestra riqueza.

CONDE. En efecto, señor, desde esta mañana no le tengo.

REY. (*Sonriendo y en voz baja.*) Y es la novia de ese pobre Mateo la que ha de devolvérosle.

CONDE. No digo precisamente.....

REY. Yo me intereso por él, Conde, (*Riendo.*) y os pido su gracia. (*El Rey, el Conde y D. Mendo suben hácia el foro.*)

MATEO. ¡Oh cúmulo de favores! ¡Oh multiplicacion de fortunas! ¡Oh reproduccion de felicidades! ¡Oh amalgama de acontecimientos! (*A los caballeros y pajes que le rodean.*)

MÚSICA.

MATEO. Ya que con Dolores
me voy á casar,
yo seré un marido
muy particular.
Yo estaré en la cama
y ella irá á segar;
yo haré la comida
y ella ayunará:
ella en el molino
ha de trabajar,
y yo iré á los bailes
á coquetear.

CORO. ¡Qué bonita vida
que la vas á dar!
Guarda, no te cueste
esa torta un pan,

MATEO. Ella en el invierno
gastará percal;
y en el mes de agosto,
paño y barragan.
Cuando falte plata
ella la traerá,
y yo en mi provecho
la sabré gastar.
Si alguien la enamora
se la encerrará,
y tendrá palizas
para merendar.

CORO. ¡Qué bonita vida
que la vas á dar!
Guarda, no te cueste
esa torta un pan.

(*Al concluir la música se descorren las cortinas del foro, dejando ver los jardines magníficamente iluminados y llenos de damas y caballeros.*)

REY. ¿Es esto una nueva sorpresa?

CONDE. Para obsequiar á vuestra alteza todo es poco.

REY Señores, conducid á las damas á ese oasis encantador. (*Murmullos en el esterior.*)

ESCENA II.

Dichos, D. JUAN, *que entra vivamente por el foro apartando á los cortesanos que intentan detenerle.*

D. JUAN. (*Pálido y fuera de sí.*) No, dejadme; estoy seguro..... la he visto, está aquí.....

D. MENDO. (*Dirigiéndose á él.*) ¿Qué haceis?

CONDE. (*Idem.*) ¿Por qué turbais la fiesta en presencia del Rey?

REY. (*Acercándose.*) ¿Qué ocurre? ¿Qué teneis, Conde de Saldaña?

D. JUAN. ¡Ah! señor, dignaos perdonarme.

REY. ¿Qué os ha sucedido?

D. JUAN. (*Sin escucharle.*) ¡Oh! no..... no.... era un sueño.

CONDE. Hablad, Sr. Saldaña, y si puedo serviros en algo.....

D. JUAN. (*Acercándosele.*) ¡Vos! (*Con estravío.*) ¡Vos!.... ¡Conde d'Oporto! ¡Oh! no; ella no puede amaros nunca.

REY. ¿Qué significa?....

D. JUAN. (*Hablando consigo mismo y en el colmo de la agitacion.*) ¡Y á pesar de eso yo la he visto deslizarse en la oscuridad cuando me acercaba á su casa: yo la he visto atravesar el valle, dirigiendo sus pasos hácia este maldito castillo!.... ¡no puede ir á él.... me decia á mí mismo; porque la fiesta va á acabar pronto..... y lo único que puede encontrar en él una jóven honrada es el deshonor..... y sin embargo, ella avanzaba siempre..... y llegamos por fin. Franquea la puerta del castillo..... y cuando un criado se acerca para interrogarla..... estiende su mano y le presenta un anillo.....

TODOS. ¡Un anillo!....

CONDE. Cómo, Sr. Saldaña, ¿es la chicuela Dolores la que causa todos esos trasportes?

D. JUAN. Ya sabeis, señor Conde, que no es de esa jóven de quien se trata.....

MATEO. A Dios gracias. ¡Cuerno!

D. JUAN. Ya sabeis que no es por Dolores por quien hablábamos esta mañana.

CONDE. Cuidado con vuestras palabras.

REY. Esplicaos, Conde, yo lo exijo.

CONDE. Puesto que lo exigís, señor, hablaré para tranquilizar al Conde de Saldaña. Mateo, que es el novio de esa jóven, la conducirá á su casa.

MATEO. (*Aparte.*) ¿Luego es mi novia la que se ha escurrido? ¡Cuernos!

CONDE. (*A un paje.*) Conducid á esa jóven.

D. JUAN. Mi cabeza arde..... mi frente estalla..... ¡Dadme valor, Dios mio!

TODOS. Aquí está. (*Todos se retiran de modo que doña Sol no los vea al entrar. El Conde se dirige á ella, y cuando la ha traido al proscenio bajan todos y la rodean.*)

CONDE. Acércate, buena moza. (*Reconociéndola.*) ¿Qué veo? ¡Doña Sol!

ESCENA III.

Dichos, DOÑA SOL.

MÚSICA.

Pieza concertante.

TODOS. ¡Oh cielos!

CONDE Y CORO. ¡Ella aquí
que esquiva y pura fue!
tu / mi anillo sale así
triunfante de su fé.

REY, MENDO. Deshonra busca aquí
la que virtuosa fue,
infame es la que así
su honor vende y su fé.

D. JUAN. Yo pura la creí, (*Sin que le vea doña Sol.*)

honrada la juzgué;
maldita la que así
reniega de su fé.

D.ª Sol. Mi honor vela por mí, (*Dirigiendo la vista al cielo.*)
el cielo mi alma vé;
Señor, que encuentre aquí
lo que guia mi pié.

Mateo. Me alegro mucho
que ese avechucho
no se parezca
á mi mujer.
Ya que mi esposa
no es tan hermosa,
cumple á lo menos
con su deber.

Rey y Conde. En pos del oro
deja el tesoro
que en su alma cándida
brilló hasta ayer.
Tal vez mañana,
¡súplica vana!
llore su ilícita
insensatez.

D. Juan. Mujer impía
su amor mentía;
impuras lágrimas
surcan su téz.
Deshonra y luto
es el tributo
que obtiene mísera
mi amante fé.

D.ª Sol. Feliz mentira
la que me inspira
que mi honra incólume
rinda á sus piés,
si al padre mio
de un lazo impío
yo pobre huérfana
librarle sé.

Coro. Con ese anillo

en el castillo
penetra impávida
esa mujer.
Adonde el Conde
feliz esconde
que vá en su cámara
dichoso á ser.

CONDE. Feliz yo soy ahora
(*Acercándose á doña Sol con galantería.*)
tras tanto suspirar.
¿Quién hizo tal milagro?
D.ª SOL. Su anillo lo dirá. (*Estendiendo la mano sin mirarle.*)
D. JUAN. ¡Infame! De mi enojo (*Fuera de sí.*)
la ira va á estallar.
¡Sol! ¿me conoces?
(*Presentándose con furia á doña Sol.*)
D.ª SOL. ¡Cielos! (*Aterrada al verle.*)
D. JUAN. Responde..... (*Ciego de ira.*)
D.ª SOL. Horrible afan. (*Aparte.*)
CORO. ¿Qué es esto? (*Observando con interés.*)
D. JUAN. ¿Me conoces (*Cada vez con mas cólera.*)
y me oyes sin temblar?
D.ª SOL. Yo no os conozco.
(*Haciendo un esfuerzo sobre sí misma.*)
D. JUAN. ¡Mírame!
(*Cogiéndola violentamente del brazo.*)
D.ª SOL. Yo no os conozco. (*Con fingida entereza.*)
D. JUAN. ¡Ah!
(*En el colmo de la desesperacion.*)
¡Perjura!
¡infame!
¿dó están tus lágrimas
de ayer?
Mi calma
insultas
cobarde y pérfida
mujer.
Tu frente
entregas
á la vergüenza

y deshonor.
Maldito
sea
mi sueño estúpido
de amor.

D.ª SOL. Mi vida

(*Aparte en voz baja con rapidez y desesperacion.*)

toma,
pues vendo pérfida
tu fé,
y hiere
al punto,
ya que mis lágrimas
no ves.
Tu acero
empuña
y mata el sueño
de tu amor,
si en mí
conoces
que está estampado
el deshonor.

REY, CONDE, MATEO, CORO. Será
su amante,
que pide cuentas
de su fé.
No sabe
el necio
que siempre cambia
la mujer.
Dichoso
el Conde
la hará que olvide
ese rigor,
y al novio
muerto
sabrá enterrarle
por favor.

D. JUAN.

Mi pecho destrozaste
mi vida envenenaste,
tormento impío y bárbaro
desgarra el corazon.....

D.ª SOL.

Si acaso la apariencia
empaña miinocencia
recibe, ¡oh Dios! mis súplicas
en santa espiacion

alégrete perjura
mi loca desventura
y admite entre mis lágrimas
mi eterna maldicion.

y logra que el que ahora
infama á quien le adora
reciba entre sus lágrimas
mi puro corazon.

CONDE Y COROS.

¿Por qué de tal manera
su espíritu se altera,
por qué su rostro lívido
suspira con pasion?
Tal vez en su memoria
alguna triste historia
de penas y de lágrimas
trastornen su razon.

(*Todos los caballeros rodean al Conde como para cumplimentarle, mientras que D. Juan, cuya desesperacion y estravío mental han ido en aumento, cae en una silla, con la cabeza apoyada en las manos.*)

REY. (*Acercándose á doña Sol.*) Sois bella, señora, muy bella; pero si el Conde d'Oporto es un caballero galante, es tambien un ministro incorruptible, y no habreis hecho mas que añadir con este paso á la infamia del padre la vergüenza de la hija.

D.ª SOL. Señor, vuestra justicia ha castigado ya á un inocente; guardaos de acusar á otro.

REY. (*Al Conde.*) Conde, no olvideis que no están aun en nuestro poder todos mis enemigos; y recordad sobre todo que la traicion nos rodea.

CONDE. Tranquilícese vuestra alteza. Un solo hombre podia aun ser temible, y ese ha entrado ya en el reino.

D.ª SOL. (*Aparte.*) ¡Qué dice!

CONDE. Nuestros agentes le rodean y vigilan, y muy pronto la campana de Santa María nos participará que el Duque de Mendoza es nuestro prisionero.

D.ª SOL. (*Aparte con espanto.*) ¡Dios mio!

REY. Conde, fio en vuestro celo. (*Á los caballeros.*) Señores, que mi partida no interrumpa la fiesta.

(*El Rey sale precedido por los pajes, que han cogido los candelabros, y van marcándole el camino, y seguido de todos los cortesanos, que antes de salir miran con impertinente descaro á doña Sol, que baja los ojos avergonzada. Al salir de la escena los últimos personajes aparece detrás de ellos D. Juan sentado á la derecha, y que con los ojos fijos en*

el suelo, parece insensible á todo lo que sucede. Las grandes cortinas del foro vuelven á correrse, y ocultan otra vez los jardines á la vista del espectador.)

ESCENA IV.

DOÑA SOL. D. JUAN.

D.ª SOL. Sola, sola por fin. (*Se vuelve y vé á D. Juan.*) ¡El! ¡Dios sea loado! Con una sola palabra podré justificarme. (*Acercándose á él.*) D. Juan, escucha; yo no soy culpable.

D. JUAN. (*Con una voz apagada, y mirando fijamente á doña Sol.*) ¿Por qué me hablais? ¿Quién sois? ¡Yo era tan feliz no pensando en nada y olvidándome de ella!

D.ª SOL. ¿Qué es esto?....

D. JUAN. Vuestra voz me ha recordado la suy..... la suya, que acaba de decirme..... ¡Yo no os conozco!

D.ª SOL. ¡Esas palabras!.... ¡esa mirada!.... ¡Oh! ¡Señor..... vos no querreis herirme en todo lo que me es caro!.... Don Juan..... D. Juan..... ¿no me conoces?

MÚSICA.

D. JUAN. ¡Yo no os conozco!....

D.ª SOL. ¡Cielos!....
¡perdió la razon!
y es tarde..... y esas pruebas.....
idos por favor.....

D. JUAN. Adónde.....

D.ª. SOL. ¡Oh! Dios..... ayúdame
da fuerza á mi voz... .
Vete..... bien mio, vete.....
tormento feroz.....
Lejos de este aposento
tu amada está.....
búscala..... porque el Conde
la quiere hablar.....

D. JUAN. Sí..... voy.....

D.ª SOL. Nada se escucha.
¡Oh! que ansiedad.....
Vete..... que Sol te engaña.....

D. JUAN. ¡Es cierto! ¡Ah!..... (*Saca el puñal y echa á correr por el foro.*)

ESCENA V.

DOÑA SOL, *que recorre la escena con horrible agitacion, segun las palabras lo marcan.*

Al fin voy á salvarte
padre del alma mia.... .
¿A dónde de ese crímen
la prueba encontraré?....
No lo sé.....
buscaré.....
Aquí..... no..... aquí..... tampoco..... (*Buscando.*)
¡Jesus! (*Creyendo ser sorprendida.*)
Creí escuchar.....
Tampoco en este sitio,
y á venir van.....
Las fuerzas me abandonan:
aquí..... eso..... es..... valor.....
aquí dice la carta.....
¡Ah!..... gracias, Señor..... (*Abre un resorte en la columna y saca de una abertura un legajo de papeles atado con una cinta en una cajita pequeña. En el momento que le tiene en su poder, cierra el resorte y cae de rodillas, desfallecida por tantas emociones.*)
Vírgen del cielo
pura y sin par,
la pobre huérfana
gracias te dá.....
Ya que á mi padre
supe salvar.....
tú, Vírgen mia,
salva á D. Juan.....

Huyamos de palacio,
que deben ya venir.....
salir me hará el anillo:
mi vida llevo aquí.....

ESCENA VI.

Dicha, D. JUAN.

(*En el momento que va á salir por el foro, aparece D. Juan que se opone á su paso.*)

D. JUAN. ¿Quién eres?....
D.ª SOL. Déjame.....
D. JUAN. No.....
D.ª SOL. Compasion.
D. JUAN. Llevas las pruebas
de su traicion.....
D.ª SOL. No..... tal..... aparta.
D. JUAN. Tienes razon.....
D.ª SOL. Me parte el alma.
D. JUAN. Ya mias son..... (*Arrebatándoselas.*)
D.ª SOL. ¡Ah!.... no..... socorro.....
D. Juan..... ¡favor!....
nadie me escucha.....
D. JUAN. ¡Adios!.... ¡adios!.... (*Se va por el foro.*)
D.ª SOL. D. Juan..... atiende.....
¡el Conde!..... ¡Oh!.... (*Cae anonadada á tiempo que el Conde aparece y baja al proscenio.*)

ESCENA VII.

DOÑA SOL, EL CONDE.

CONDE. Al fin estoy libre y corro á vuestro lado, ¡señora!
D.ª SOL. (*Con espanto.*) ¿Qué hacer?.....
CONDE. ¿Qué teneis?....
D.ª SOL. Nada. (¡Ampárame, Dios mio!)
CONDE. Vengo á daros las gracias por la felicidad inesperada que os habeis dignado concederme.
D.ª SOL. ¡Dejadme! ¡dejadme, señor! Es preciso que yo parta.
CONDE. ¡Marchaos!.... ¿Qué quereis decir, señora?
D.ª SOL. Quiero decir que cada minuto que pasa es para mí una hora de angustia!.... que un hombre acaba de huir de mi lado, llevándose toda mi esperanza..... toda mi felicidad..... toda mi vida..... Quiero decir, en fin, que si vos me deteneis aquí mas tiempo, es preferible que me deis la muerte.

CONDE. Que yo os deje partir, cuando habeis declarado ante todo el mundo que me amábais.

D.ª SOL. (*Con horror.*) ¡Yo amaros!.... ¡Jamás!

CONDE. (*Observándola.*) ¿Por qué estais entonces en el castillo? ¿por qué brilla en vuestra mano esa perla negra, llave de mis amores y de mis tesoros?

D.ª SOL. (*Turbada.*) Pues bien, sí, yo os amaré; pero dejadme partir.

CONDE. Quedaos, y sereis la reina de esta dichosa morada. ¡Mis tesoros, mi palacio, mi vida y mi fé, son vuestros desde este instante!

D.ª SOL. Vos ignorais el tormento que me agita, y cada instante que retardais mi marcha, aumenta mi espanto y mi dolor. (*Se oye á lo lejos el toque de una campana.*)

EL CONDE. ¡Ah! (*Con espansiva alegría.*)

D.ª SOL. ¿Qué es eso? (*Aterrada y con ansiedad.*)

CONDE. Mi enemigo el Duque de Mendoza que sucumbe.

D.ª Sol. ¡Jesús! (*Retrocediendo.*)

MÚSICA.

Final.

D.ª SOL. Mi padre vá á morir.....
¡Socorro! ¡Maldicion!
(*Recorriendo la escena fuera de sí.*)

CONDE. ¡Tu padre! ya comprendo
tu infamia y tu traicion.

D.ª SOL. ¡Justicia! (*Acercándose al Conde.*)

CONDE. Sabré hacerla. (*Cogiéndola del brazo.*)
¡Señores! (*Gritando para que vengan.*)

D.ª SOL. ¡Compasion! (*Procurando desasirse.*)
Dejadme.....

CONDE. No lo esperes (*Con ira.*)
de aquí no sales, no.

D.ª SOL. ¡Favor! (*Desesperada.*)

CONDE. Tú te has vendido
por hoy á mi pasion.

D.ª SOL. ¡Atrás! ¡Socorro!
(*Consiguiendo desasirse del Conde.*)

CONDE. ¡Hola! (*Subiendo al foro.*)

D.ª SOL. ¡Favor! ¡favor! ¡favor!
(*Recorriendo la escena con la mayor angustia y viniendo á arrodillarse al lado de la puerta secreta.*)

¿Quién puede socorrerme?
¡Vírgen del cielo!

D. JUAN. Yo.

(*Abriendo la puerta secreta y apareciendo en medio de ella con su arcabuz, indicándola que salga sin detenerse.*)

D.ª SOL. ¡Don Juan! (*Retrocediendo al verle.*)

D. JUAN. Sal de este sitio. (*Con rapidez.*)
En él perdí yo á Sol;
sé mas dichosa que ella
y guarda tu candor. (*Doña Sol huye.*)

CONDE. ¡Qué veo!
(*Bajando con rapidez seguido del coro.*)

D. JUAN. ¡Atrás! (*Delante de la puerta.*)

CONDE. ¡Villano! (*Sacando la espada.*)

D. JUAN. Beber es lo mejor.
(*Se dirige á una mesa sin hacer caso de nadie, y coge una copa que levanta en alto, mientras todos los caballeros sujetan al Conde, indicándole con la accion que D. Juan está loco.*)
La vida es un festin.....
¡licor! ¡licor!

CORO. A fé que es la verdad
¡licor! ¡licor!

(*Todos se dirigen á las mesas y cogen copas, mientras D. Juan deja caer la suya y se apoya en el arcabuz, y el Conde se pasea agitado por la escena. Cae el telon.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Un sitio en la montaña. Se ven en el foro á la derecha y sobre una eminencia las torres avanzadas de una fortaleza antigua, á la que se entra por un puente levadizo. En último término se vé el pueblo. A la izquierda y en la primera caja el molino de Mateo. Un banco á la puerta.

ESCENA PRIMERA.

DOLORES, MATEO, Y GENTES DEL PUEBLO.

(*Todos parecen dispuestos á celebrar la boda de Mateo y Dolores, y al levantarse el telon varias gentes del pais bailan alegremente.*)

MÚSICA.

Baile.

CORO.

Bien haya el matrimonio
de la ventera,
que así la ha trasformado
en molinera.
Bien haya el vino.
que trasforma la harina
de su molino.

El dia de la boda,
dijo Mateo:
no comerá de noche
nadie pan tierno;
que me he casado
para amasar con calma
bajo techado.

(*Apenas concluye el baile, la orquesta toca una reminiscencia del duo del primer acto entre D. Juan y doña Sol, tomando la de la frase,* ACUÉRDATE. *Mateo se dirige al foro, y retrocede asustado. D. Juan aparece, su traje está en desórden, tiene su arcabuz en la mano y se adelanta lentamente hasta el proscenio.*)

ESCENA II.

Dichos, D. JUAN.

MATEO. Mirad, mirad, lo que por ahí se descuelga.

DOLORES. Es el pobre D. Juan.

TODOS. ¡El loco! (*Mirándole con interés.*)

MATEO. (*Temblando.*) Señores..... quiero decir, amigos, os propongo un paseito por la montaña.

DOLORES. ¿A qué viene ese miedo?

MATEO. No..... te diré..... como tiene el arcabuz en la mano, y como yo no soy cobarde, si llega á disparar me voy á ver en la precision de quitarle el arma homicida.

DOLORES. (*Colocándose entre Mateo y D. Juan.*) Estoy segura de que no hace daño á nadie.

D. JUAN. (*Mirando á su alrededor sin conocer á nadie.*) Aun no ha venido, pero vendrá..... sí, vendrá..... ¡La amo tanto!

DOLORES. ¡Pobre jóven, qué cambiado está!

MATEO. (*Con espanto.*) ¡Mucho, mucho! Me parece que él ha menguado y que su arcabuz ha crecido.

DOLORES. ¡Cobardon!..... (*Acercándose á D. Juan.*) ¡D. Juan!.....

D. JUAN. (*Con dulzura.*) ¿Qué me quereis, hija mia? Sois jóven.... Sois bonita.....

DOLORES. Me parece que va recobrando la razon.

MATEO. (*Acercándose.*) ¡Sí!.....

D. JUAN. Leo ademas en tus ojos que eres buena y amable.

MATEO. ¡Va! Está mas loco que nunca.

D. JUAN. ¿Cómo os llamais?

DOLORES. Ya lo sabeis..... Soy yo..... Dolores.

MATEO. Mi novia.

D. JUAN. Yo tambien tenia una novia jóven y bella, cuya voz me hacia feliz, cuya mirada era mi fortuna; pero los infames me han dicho que me engañaba..... yo los he creido, la he acusado, y ahora.....

TODOS. ¿Qué?

D. JUAN. (*Llorando*) ¡Ha muerto! (*Cae anonadado en el banco: despues se levanta de repente, dirige sus miradas al cielo y hace como si escuchara algo en él.*)

MÚSICA.

Romanza.

Angel hermoso á quien amar juré,
sombra querida que en mi mente está,

paloma pura cuyo vuelo alcé
dime por qué
no me amas ya.

Dime á quién puedo consagrar mi amor,
dime á qué aspiro si la fé perdí,
el mundo entero y el placer mayor
marchita flor
será sin tí.

Si en adorarte mi existir cifré,
si en pos de tí mi pensamiento vá,
si gloria y nombre para tí busqué,
dime por qué
no me amas ya.

(*Cae desfallecido entre los brazos de los paisanos, que le hacen sentar en el banco rodeándole.*)

DOLORES. ¡Pobre D. Juan! Ya no tengo gana de bailar ni de alegrarme. Respetemos su dolor, y retirémonos de aquí.

TODOS. Sí, marchemos. (*En este momento se oye una marcha fúnebre.*)

DOLORES. ¿Qué es eso?

UN PAISANO. (*Señalando el camino del valle.*) ¡Mirad, mirad por allí!

DOLORES. ¡Son soldados y familiares del Santo Oficio! (*Se vé pasar un cortejo compuesto de soldados, frailes y alguaciles, llevando en medio un viejo sostenido por doña Sol.*)

MATEO. (*A los paisanos.*) ¡Es el antiguo gobernador de esta provincia, el Duque de Mendoza!

DOLORES. Un señor muy bueno y muy caritativo, acusado de un crimen.....

MATEO. (*Interrumpiéndola.*) ¡Silencio! Debe ser un bribon, puesto que el Santo Oficio lo ha declarado.

ESCENA III.

Dichos, DOÑA SOL, EL DUQUE DE MENDOZA Y ACOMPAÑAMIENTO.

(*En el momento en que el cortejo se encuentra en medio del teatro, todos se quitan los sombreros; D. Juan levanta la cabeza y mira á todos con*

sorpresa, aproxímase despues al grupo, y cuando se encuentra cerca del Duque de Mendoza se descubre involuntariamente y se inclina.)

D.ª SOL. (*Mirándole.*) ¡Ah! ¡El aquí! Padre mio, ved al que puede salvarnos todavía: para que el cielo me ayude, bendecid á vuestra hija. (*El Duque lo hace: el acompañamiento continúa su marcha y entra en la fortaleza: los paisanos se retiran por diferentes partes, y doña Sol y don Juan quedan solos en la escena.*)

ESCENA IV.

DOÑA SOL. D. JUAN.

D.ª SOL. (*Acercándose.*) ¡Dios mio, dadme acentos que conmuevan su corazon y aclaren su inteligencia! ¡D. Juan!

D. JUAN. (*Volviéndose.*) ¿Qué me quereis, señora?

D.ª SOL. (*Con dulzura.*) Amigo mio, mi hermano.....

D. JUAN. (*Con misterio.*) No me hableis así; no me llameis con esos nombres, señora.

D.ª SOL. ¿Por qué?

D. JUAN. Porque todo lo que me pertenece sucumbe, todo lo que me ama se pierde, todo lo que yo amo se deshonra.

D.ª SOL. (*Con dolor.*) ¿De dónde nace ese pensamiento terrible?

D. JUAN. ¡Ah! ¿Vos no sabeis nada? ¿vos no habeis conocido á la que era mi vida, mi felicidad, mi ángel querido? (*Sollozando.*) Yo la he acusado, maldecido, y ahora.....

D.ª SOL. (*Vivamente.*) Ahora ella tiene necesidad de tu ayuda, y te llama por mi voz.

D. JUAN. ¿Ella me llama, decís? El cielo.....

D.ª SOL. (*Interrumpiéndole.*) Sí, ella implora tus socorros, invoca tus recuerdos..... D. Juan, ¿qué has hecho de aquellos papeles encontrados en casa del Conde d'Oporto?

D. JUAN. ¡El Conde d'Oporto! ¡Siempre..... siempre ese nombre aborrecido!.... Marcha y vé á decir al Conde d'Oporto que puede si quiere arrancarme la vida; pero que esos papeles no los tendrá jamás.

D.ª SOL. ¡Jamás! ¡Oh! ¡desgraciada de mí! ¡Vergüenza y horror para doña Sol, que ha destruido la razon de su amante sin salvar la vida de su padre!

D. JUAN. (*Fuera de sí.*) ¡No ultrajes á la que amo, porque descargaria en tí todo mi furor! El que la acuse morirá á mis manos.

D. Sol. La muerte es mi única esperanza, y ella abreviará mis sufrimientos.

D. Juan. Véte, y no te espongas á mi cólera. ¡Doña Sol me ama! ¡Doña Sol me ama!

MÚSICA.

Coro de monjes en la fortaleza. Para que el culpable
logre tu perdon,
dá arrepentimiento
á su corazon.

D.ª Sol. ¡Mi padre!—Juan, escucha,
(*Dirigiéndose á él desesperada.*)
tu amante te engañó.

D. Juan. Tú mientes; calla, calla,
ó teme mi furor.

D.ª Sol. Al Conde ha preferido
la infame doña Sol,
burlóse de tu llanto,
rióse de tu amor;
y en brazos de un amante
olvida tu pasion.

D. Juan. Tu mientes, y este acero (*Sacando la daga.*)
te lo dirá mejor.

D.ª Sol. ¡Adios, padre del alma,
Don Juan, adios, adios!

D. Juan. (*Retrocede al oir el grito de doña Sol, y deja caer la daga en el suelo. Esta le mira sin comprenderle. Música del primer acto.*)
Su voz en el alma
penetra al momento:
¿En dónde hé oido
tan mágico acento?
Vida, vida me ha dado
su timbre á fé. (*Coordinando sus ideas.*)
¡Acuérdate!

D.ª Sol. (*Comprendiendo el estado de D. Juan, y queriendo ayudarle á que recobre la razon y la memoria.*)
¡Ah!
Si el cielo desoye
mis votos amantes
en otra fortuna

y en tierras distantes
nunca, nunca, amor mio,
te olvidaré.
¡Acuérdate!

D.ª SOL. D. JUAN.

Si el cielo desoye mis votos amantes, etc. Si un tiempo perjura amargas mi vida, etc.

CORO DE MONJES. Para que el culpable
logre tu perdon
dá arrepentimiento
á su corazon.

D.ª SOL. D. JUAN.

Nunca, nunca, amor mio, te olvidaré. ¡Acuérdate! Loco, loco de pena, me volveré. ¡Acuérdate!

(*D. Juan mira fijamente á doña Sol. Dá un grito y recobra su juicio. Se abrazan y se denota en D. Juan todo el cambio de sus ideas. En este momento se oye á los lejos una marcha militar que se aproxima poco á poco durante el diálogo siguiente.*)

D.ª SOL. ¡No oyes, es el Rey! ¡El Rey!

D. JUAN. ¿Por qué tiemblas de espanto y están tus ojos llenos de lágrimas?

D.ª SOL. (*Sacando una carta y dándosela.*) Estas palabras, trazadas por la mano de mi padre, te lo dirán todo.

D. JUAN. (*Despues de leer.*) ¡Sí, estos papeles preciosos!... Ya recuerdo..... me apoderé de ellos en mi cólera; pero..... ¿en qué sitio los he guardado?

D.ª SOL. (*Haciéndole escuchar la marcha que se oye mas cada vez.*) ¿Oyes? El Rey llega. Esos papeles, que son mi única esperanza, esas pruebas de su inocencia, habla, ¿dónde están?

D. JUAN. Por mas que torturo mi imaginacion, no lo recuerdo..... no lo recuerdo.....

D.ª SOL. Desgraciados de nosotros..... no hay esperanza.

(*La marcha se oye en toda su fuerza. El teatro se llena de guardias, pajes, caballeros y acompañamiento. El Rey aparece por último acompañado de D. Mendo. El pueblo cierra la marcha y se agrupa en el fondo. El Conde d'Oporto sale de la fortaleza y viene al encuentro del Rey.*)

ESCENA V.

Todos.

CONDE. Señor: la justicia va á cumplir con su deber, y solo se aguardan las órdenes de vuestra alteza para la ejecucion.

REY. Rápido ha sido el juicio, señor Conde.

D. JUAN. (*Avanzando.*) Deteneos, señor, deteneos.

D. MENDO. (*Bajo al Conde.*) ¡D. Juan y doña Sol!

REY. ¿Qué quereis, Conde de Saldaña?

D. JUAN. Ahorrar un crímen á vuestros jueces y un remordimiento á vuestra alteza.

D. MENDO. } ¡Un remordimiento!
CONDE. }

REY. ¿Qué significa?....

D.ª SOL. (*Arrodillándose.*) ¡Mi padre es inocente, señor!

D. JUAN. Y las pruebas que lo justifican yo las he visto, yo las he tenido entre mis manos.

TODOS. ¿Qué dice?....

D. JUAN. Mi cabeza está tan turbada que mil pensamientos confusos se agitan en ella á la vez; pero esas pruebas, señor, yo volveré á encontrarlas, si vos me concedeis un dia..... nada mas que un dia, para reunir mis recuerdos y para buscar un indicio. Señor, es la vida de uno de vuestros súbditos..... (*Tomando la mano de doña Sol.*) Es la vida de su padre la que yo os pido.

D.ª SOL. ¡Un dia, señor! ¡Nada mas que un dia!

REY. (*Á D. Juan.*) ¿Es decir que estais bien seguro de haber poseido esas pruebas?

D. JUAN. Yo lo juro, señor: en mi delirio ignoro lo que ha sido de ellas; pero no las he destruido, no; yo volveré á encontrarlas: lo que yo queria era esconderlas á todas las miradas, y..... (*Como inspirado.*) creyéndome perseguido, se las he dado esta mañana misma á un hombre que se dirigia lentamente hácia mí.....

REY. ¡Acabad!

D.ª SOL. Ya lo veis, señor, lo recuerda.....

REY. Y ese hombre.....

CONDE. (*Vivamente.*) Señor, ¿vuestra alteza se detendrá mas tiempo á escuchar las palabras de un loco?

D. MENDO. Todos os lo dirán, como yo os lo he dicho, señor; ese desgraciado ha perdido la razon.

REY. Decís bien, señores; este infeliz es loco, puesto que no encuentra una palabra para defenderse, ni una frase para desenmascarar y confundir á los traidores.

D. MENDO. CONDE. ¡Señor!

REY. Ese desgraciado es loco, puesto que no recuerda siquiera el hombre á quien ha entregado esas pruebas, prendas de su vida y su felicidad; y, sin embargo, señores, ese hombre está delante de él. Conde de Saldaña, esos papeles los habeis confiado al Rey de Portugal.

TODOS. ¡Al Rey!

CONDE. ¡Gran Dios!

D. JUAN. ¡Será verdad!

D.ª SOL. ¡Oh! ¡padre mio! ¡padre mio!

REY. Alzad la cabeza, señora, puesto que yo os acusaba cuando defendíais á vuestro padre; pero desde hace dos horas todo peligro habia cesado para él; y si he venido á esta fortaleza, no ha sido para ordenar su suplicio, sino para castigar á los culpables.

TODOS. ¡Viva el Rey! (*El Duque de Mendoza sale de la fortaleza rodeado de oficiales y baja algunos escalones, tendiendo á su hija los brazos.*)

D.ª SOL. (*Al Rey.*) ¡Oh! ¡señor, que el cielo os bendiga!

REY. Id, señora, á abrazar á vuestro padre, y esa perla negra, prenda de un traidor, sea desde hoy un anillo que figure en vuestras armas. Vosotros, señores, saludad al Duque de Mendoza, nuevo virey de la provincia.

TODOS. ¡Viva el Rey!

MÚSICA.

CORO. Pues hoy de la justicia
bendice Dios la ley,
salud al de Mendoza,
salud, salud al Rey.

(*Ondean las banderas, suenan los tambores y clarines, y el cañon de la fortaleza anuncia la llegada del Rey. D. Mendo y el Conde marchan entre varios soldados. El Duque de Mendoza bendice á su hija y á don Juan que están arrodillados á sus piés. Cae el telon.*)

FIN DE LA ZARZUELA.

ERRATA. En el reparto de la obra se ha puesto al Sr. Caltañazor en vez del Sr. Galván que desempeñó el papel de Mateo.

Véndese á 8 rs. en Madrid en el teatro de la *Zarzuela*; y en las librerías de *Cuesta*, calle de Carretas; de *Bailly-Baillière*, calle del Príncipe, y de *Leocadio Lopez*, calle del Cármen.

En las provincias, en las principales librerías.